



Sagrada Familia 2010

En este primer domingo después de Navidad meditamos sobre un aspecto particular del misterio de Dios hecho hombre en Jesucristo. Apenas ha nacido y ya Jesús es perseguido por los poderosos de este mundo, como ocurrirá a lo largo de toda su vida. Pero en este momento todavía no es capaz de cuidar de sí mismo, y sólo gracias a las atenciones de José y de María consigue salvar su vida: la historia de la salvación pasa a través de los avatares cotidianos de la familia de Jesús, a través de la salvación de historias cotidianas.

Los magos acaban de salir de Belén, después de adorar a Jesús (cf. Mt 2, 9-12), y sucede que la luz fulgurante deja paso a la noche. Herodes el Grande reina sobre Belén, y turbado al conocer la búsqueda del recién nacido “rey de los judíos” (Mt 2, 2) por parte de los Magos, toma medidas drásticas para eliminarlo. Un ángel, un mensajero del Señor, se aparece en sueños a José y le ordena: “Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”. José obedece al instante, toma consigo al niño y a María, y se dirige a Egipto, tierra en la que Israel había conocido la dura opresión y la esclavitud: de esta manera Jesús recorre a su vez el camino del pueblo de Israel, llamado por Dios mismo “hijo mío” (cf. Ex 4, 22); revive el éxodo bajando a Egipto y volviendo después de nuevo a la tierra de Israel. Y no sólo eso; igual que Moisés tuvo que huir del Faraón que “quería hacerlo morir” (Ex 2, 15), así también Jesús debe huir de Herodes, el poderoso que se opone siempre a los designios de Dios.

Guiando a Jesús en este éxodo, sus padres le confían al Dios Salvador, viviendo el peligro a la luz de su fe en Dios y en su palabra: “Así se cumplió lo que había anunciado el Señor por medio del profeta: ‘De Egipto llamé a mi hijo’ (Os 11, 1)”, un Mesías que debe huir porque está amenazado de muerte, un Mesías salvado (cf. Zac 9, 9). Más aún, sucede aquí bajo la custodia de José lo que Jesús cumplirá como sujeto libre y responsable, cuando vaya al desierto durante cuarenta días para vivir más intensamente en la presencia del Padre (cf. Mt 4, 1-2), actualizando los cuarenta años que pasó Israel en el desierto antes de entrar en la tierra prometida.

Algún tiempo después, a la muerte de Herodes, un ángel revela nuevamente en sueños a José que ya puede volver a Israel. Pero la situación no es todavía totalmente segura, porque en Judea reina Arquelao, hijo de Herodes. Por eso Jesús y los suyos van a Galilea, tierra que, según el profeta, sería la primera en ver el surgimiento de la gran luz (cf. Is 8, 23-9, 1; Mt 4, 15-16), tierra de tinieblas que vería sentarse sobre el trono de David al niño llamado “Consejero prudente, Dios fuerte, Padre eterno, príncipe de la paz” (Is 9, 5).



Carlos López Hernández

Se trata de una tierra impura porque en ella habitan también paganos. Pero de esta manera José presenta ya a Jesús a todos los hombres, a los hebreos y a los gentiles... Y Jesús vivirá en “un pueblo llamado Nazaret. De esta manera se cumplió lo anunciado por los profetas: ‘Será llamado nazareno’”. El nombre de la localidad le permite al evangelista un doble y significativo juego de palabras: Jesús, llamado por el ángel “Emmanuel”, Dios con nosotros (cf. Mt 1, 23; Is 7, 14), será llamado también “nazareno”, o sea, habitante de Nazaret, y a la vez “nazir”, es decir, separado por Dios y consagrado a él desde el seno de su madre (cf. Hch 2, 22; 3, 6).

José, padre de Jesús según la Ley, es verdaderamente el instrumento de Dios para salvar a Jesús: lo salva de nacer sin un padre legal, lo salva de la amenaza asesina de Herodes, lo salva del exilio en tierra extranjera. Así, el designio de salvación querido por Dios se cumple a pesar de toda la oposición de los poderosos de este mundo, que con su arrogancia parecen regir los destinos de la historia. Dios tiene necesidad de hombres y mujeres que escuchen su voz y preparen todo para que aparezca en la tierra su salvación. Este debe ser nuestro compromiso cotidiano, de manera que la oscuridad de nuestras noches sea iluminada por la luz del Hijo de Dios.

Salamanca, 26 de diciembre de 2010